Amanecer

Nicolás Lusardi

Capítulo 1

Sirenas. Martillos hidráulicos. Voces. Bocinas. Chicharras. Colectivos. Los tacos de la señora de arriba…
El ajetreo matutino de la ciudad insistía en despertarme, retumbando por toda la habitación, metiéndose a la fuerza en mis oídos, incluso burlándose de la almohada de plumas con la que había envuelto mi cabeza.
Se suma a la infernal sinfonía, el maldito celular.
Yo estaba aguantando para no salir de la cama, hasta que entró un rayo de sol por las endijas del postigo roto, se refractó en el espejo que estaba frente a la cama y me dió de lleno en la cara. Ya no había forma de esquivarlo; además, la humedad estaba empezando a levantar temperatura. Era como si el diablo me estuviese lamiendo, haciéndome sentir miserable otro día más.

Tomé dos aspirinas juntas, que las bajé con los últimos tragos del wisky aguado y caliente, del vaso que estaba en la mesita de luz. No recuerdo nada de anoche, ni siquiera porqué no tomé esos últimos tragos, pero si hay alcohol junto la cama será que no quiero recordarlo tampoco.

Agarro el celular para ver la hora. Se me cae. Lo busco en el suelo, siento que todo se me da vuelta ¿Una jeringa? ¿Qué hace una jeringa usada tirada en el piso? No sé. El celular, que sigue sonando, me distrae de mis esfuerzos por recordar. Es la secretaria de mi jefe ¿Qué quiere?

Son las siete, treinta. Me meto en la ducha, así bajo a desayunar como una persona decente. Necesito un café bien cargado, pienso; mi cuerpo me lo pide a gritos. Si me hubiesen avisado con tiempo, ahora podría estar en El Emperador, pero la decadencia personal hace que no inviertan en uno y la redacción no quiso pagar un hotel que no estuviera acorde con mi apariencia.

El comedor está lleno de periodistas, buitres de poca monta, todos listos para salir a buscar carroña. Como un instinto de supervivencia me proyecto en ellos, en mis primeros días, en los días del general, cuando, si no había carroña, la teníamos que inventar, porque el diario tenía que seguir alimentado la lucha del pueblo y su diario vivir.
Me ubico en una mesa en un rincón. Unas mesas más adelante, un grupo de pasantes me mira y cuchichea. Ya estoy acostumbrado a eso. Caer de tan alto siempre es motivo de burla y especulación para los demás, pero sobre todo, burla. Otra llamada de la secretaria. No la atiendo, no me importa. Quisiera tirar el teléfono a la basura, pero lo necesito para trabajar. Los días dorados de libretas y lapiceras ya pasaron, también los de grabadores y cintas. Ahora todo es digital, concreto, frío, sin opción de sentir la vida pasando; todos unos y ceros, ceros y unos, pero nada en el medio, nada de eso que nos hacía distintos, únicos. Desde mi esquina veo

todo el comedor, todos novatos ¿Qué hago acá? Tengo que conseguir una entrevista. Entonces lo veo, en el televisor, bajando del auto y, detrás de él, bajaste vos. En ese mismísimo momento, la voz borracha dentro de mi cabeza me dijo que eras mi objetivo. Yo sabía que no podría acercarme a él, pero de vos no sabía nada.